

ANGEL DE GREGORIO

---

# La única verdad

COMEDIA DRAMÁTICA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, núm. 24.

1921



Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

**LA ÚNICA VERDAD**

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

---

Queda hecho el depósito que marca la ley

---

# La única verdad

COMEDIA DRAMÁTICA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANGEL DE GREGORIO

---

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL

el 28 de Abril de 1921.



MADRID

IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA MILITAR

Pasaje de la Alhambra, 1.

TELÉFONO 18-40

1921

# REPARTO

---

PERSONAJES	ACTORES
SANTIAGO... ..	Evaristo Vedia.
MARGARITA... ..	Gloria Torrea.
ARTURO... ..	Miguel Escobar.
DON DANIEL... ..	Alfredo de Alaiz.
JOSE... ..	Luis López Brasal.
DON RAMON... ..	Miguel Pozanco.
DON CASTO... ..	Arturo Sepúlveda.
EMILIA... ..	Honorina Fernández.
DOÑA CARLOTA... ..	Julia Santero.
FAUSTINA... ..	Filomena Sedeño.
CONSERJE... ..	Angel Parra.
CAMARERO... ..	José Encinas.

---

*La acción en la ciudad de Játiba.*

---

*Derecha e izquierda, las del actor.*



## ACTO PRIMERO

---

*Un saloncito íntimo de tertulia en el Casino Setabense de Játiba. Buenas butacas; unas, ocupadas, y otras, no; mesitas con periódicos, ajedrez, dominó, etc. Dos puertas laterales y una grande (sin hojas), al foro, al fondo del cual se divisa otro saloncito con balcón a la calle. Es primavera.*

### ESCENA PRIMERA

*DON DANIEL y JOSE hojeando periódicos y revistas. DON CASTO y DON RAMON juegan una partida de ajedrez. Un CAMARERO se asoma de vez en cuando a la puerta del foro, lado izquierdo.*

**Casto** (Pausa.) Rey.

**Ramón** ¡Y dale con el rey! (Mueve una pieza. Pequeña pausa.)

**Casto** (Mueve otra pieza.) Rey.

**Ramón** Nada, que la has tomado con mi rey. (Cubre el jaque.)

**Casto** (Pausa.) Rey.

**Ramón** Pero... ¡qué republicanote eres! (Pausa.) ¡A ver, ahora! ¡Anda, métete también ahora con él!

**Casto** (Siempre serio y estudiando su juego.) Reina.

**Ramón** ¡Ah, vamos, ahora le toca a la reina! (Entre dientes.) Rey, reina, reina, rey...

**José** No se enfade, don Ramón; ya conoce usted las aficiones de don Casto; es un republicano que sueña con reyes.

- Casto** (Con indiferencia y sin mirar a José.) ¿Y tú, con qué sueñas?
- José** ¿Yo?... Con princesas.
- Daniel** Oye... ¿y son guapas?
- José** Figúrese usted: a la medida de mis gustos. ¡Lo malo es que al despertar!
- Daniel** (Con gesto de picardía.) ¡Sí, sí; ni una palabra más! (Pausa. Siguen leyendo.)
- Ramón** Ahora me toca a mí, señor de los jaques; rey y reina a la vez. ¿Qué se había usted figurado? (Pausa.)
- José** (Dejando el periódico y levantándose. A don Daniel.) ¿Ha leído usted lo de Barcelona?
- Daniel** ¿El atentado sindicalista de ayer? Sí, lo he leído.
- José** Se pone la cosa fea.
- Daniel** ¡Y tan fea! ¡Vaya un porvenir que os espera a los que aún estáis a la puerta de la vida!
- José** ¡Delicioso! ¡Para mí, un porvenir delicioso! Con más cultura, con más libertad...

## ESCENA II

*DICHOS y ARTURO, por la derecha. Entra descompuesto y receloso; se deja caer en una butaca, no cuidándose del estupor que ha producido en todos su actitud y su facha: llenos el traje y los zapatos de polvo, despeinado, en total desarreglo.*

- Arturo** (Se dirige al Camarero, que en el momento estará junto a la puerta, y le dice.) Oye; dile al Conserje que si pregunta alguien por mí, que no diga que estoy, sino que entrará a ver si he venido, y que venga él a decirme quién es y qué quiere. Explícaselo bien. (El Camarero asiente y desaparece por foro derecha. A poco vuelve siguiendo al Conserje, y se queda en el dintel de la puerta.)
- José** ¿Qué te pasa?
- Daniel** ¿Qué ha ocurrido, Arturo?
- Arturo** (A José.) ¿Hablabas de libertad? Pues yo acabo de jugármela; y no por un atentado de esos que se estilan ahora, no; por un atentado ordinario, vulgar... ¡Acabo de matar a Joaquín Sáenz! (Estupefacción consiguiente; nadie lo pone en duda, por causa del estado

*de ánimo en que ven a Arturo, que, agitadísimo, se limpia nerviosamente el sudor.)*

**José**

¡Atiza!

**Ramón**

¿Qué dices?

**Conserje**

*(Por foro derecha.)* ¿Qué le ha pasado, don Arturo? *(Don Casto y don Ramón ya han dejado el ajedrez, pero hasta ahora se limitaban a mirar a Arturo desde sus sitios; al oír la extraña noticia, se levantan y se acercan a él con las exclamaciones del caso.)*

**Daniel**

¡Habla, hombre, por Dios! ¿Cómo ha sido eso?

**Arturo**

Ya se imaginarán ustedes el motivo... ¡Sí, señores! Resulta que entre los maridos burlados, de quienes tanto nos hemos reído aquí... ¡figuraba yo también!!

**Casto**

¿Tú?

**Ramón**

¿Posible?

**José**

¿No será una calumnia?

**Daniel**

¿Qué pruebas has tenido?

**Arturo**

Esta carta. Pueden ustedes leerla. *(Se la da a don Daniel.)* Todo el pueblo la ha de conocer más tarde. *(Se apiñan los cuatro para leerla.)* La llevaron temprano, a las diez. Yo había salido, como siempre, a las nueve; pero se me habían olvidado unos papeles, y volví por ellos. Al salir nuevamente, me encontré con un muchacho que llevaba esa carta en la mano; le pregunté si era para mí; me contestó que no, que era para mi mujer; creyendo que sería de alguna de sus amigas, recogí la carta, diciéndole al chico que yo se la entregaría. Si la letra del sobre me hubiera parecido letra de mujer, no habría yo sentido curiosidad por leer la carta, pero es letra de hombre. *(Señalando el sobre.)* ¡De hombre! ¡Es evidente!... *(Todos asienten.)* Y... ¡la leí! *(Pausa. Todos están en una situación violentísima, sin saber lo que decir.)*

**Daniel**

Bueno... pero... ¿cómo ha sido lo demás? ¿Dónde?

**Arturo**

Mi... mujer, había salido ya de casa: ¡se conoce que ella no necesitaba el recordatorio de la carta! Cuando yo salí a las nueve, ella no me dijo que saldría en seguida. Desesperado, me fuí a la Plaza España, donde... Sí, donde ese tenía su nido...

**José**

**Arturo**

Me escondí por allí cerca y aceché...

**Daniel**

¿Y los viste entrar?

- Arturo** ¡No! ¿Cómo iban a entrar estando yo allí? A ella no la he visto; sin duda estaba ya dentro. ¡A él sí!... Le vi llegar con aire de satisfacción y de conquista... y cuando ya iba a entrar corrí hacia él, le llamé, y ¡ciego! ¡loco!, sin poder dominarme para decirle antes cuatro palabras, le disparé no sé cuántos tiros... ¡Hasta que no le vi tendido en un charco de sangre... no pude contenerme!
- Casto** ¡Qué horror!
- Ramón** ¡Qué desgracia!
- José** Ese tipo tenía que morir así.
- Casto** ¡Cuántas veces se lo advertí!
- Ramón** Era incorregible.
- Daniel** ¿Pero tú... a Margarita no la has visto entrar allí?
- Arturo** Felizmente para ella...
- Daniel** Dame otra vez la carta.
- Arturo** ¿Para qué?
- Daniel** Quiero leerla otra vez... ¡Chico, yo no puedo creer que... Margarita! (*Arturo le da la carta.*)
- Ramón** Bueno, ¿y qué piensas hacer? ¿Supongo que no querrás huir?
- Casto** Claro que sí... Nosotros...
- José** No, eso no.
- Daniel** Eso nunca... ¡Se agravaría su situación!
- Arturo** No. Me entregaré yo mismo. (*Don Daniel le devuelve la carta, pero sin abandonar su expresión de incredulidad.*) Desde allí, sin darme cuenta, me alejé a buen paso, sin correr; y dejándome ir por calles y callejas, salí a las afueras. Paseé por allí un rato, y en el primer coche que pasó he venido hasta aquí, porque quisiera hablar con mi abogado antes de ser detenido.
- José** ¿Con Santiago?
- Arturo** Sí. ¿Quieres hacer el favor de ir a llamarlo?
- José** Volando. (*Sale derecha.*)

### ESCENA III

*DICHOS, menos JOSÉ*

- Arturo** Quiero que él me aconseje algo sobre la primera declaración y me diga si debo o no entregar ahora la carta.
- Daniel** No, ahora no, Arturo. La Policía, que es la

que te tomará la primera declaración, no tiene nada que ver con las pruebas. Eso luego, el juez.

**Casto** Pero tendrá que mencionarla.

**Ramón** Y enseñarla.

**Daniel** No, eso no.

**Arturo** Lo mejor es quedarme aquí hasta que venga Santiago, y él dirá.

**Daniel** Lo malo es que a estas horas... no lo va a encontrar en casa.

**Casto** Pepito allí habrá ido.

**Daniel** Si tú te llegases al Juzgado...

**Casto** ¡Cómo no! En seguida. (*Sale derecha.*)

#### ESCENA IV

*DICHOS, menos CASTO*

**Ramón** (*Sale queriendo alcanzar a don Casto, pero hace tarde y regresa.*) Yo me voy a la Jefatura.

**Arturo** ¿Por qué?

**Ramón** Porque es muy fácil que allí esté ya Santiago.

**Daniel** Sí, es verdad. Lo habrá sabido por ahí y creyendo que te habrán detenido...

**Arturo** Pues hágame usted ese favor, don Ramón.

**Ramón** Si está allí, lo traigo en seguida. (*Sale derecha.*)

#### ESCENA V

*DON DANIEL y ARTURO*

**Daniel** (*Pausa.*) También puede ser que esté en casa de su novia. Algunas mañanas va por allí un rato.

**Arturo** ¿Tienen teléfono?

**Daniel** No; pero avisaré a la farmacia y le llamarán. (*Sale izquierda. Pausa.*)

## ESCENA VI

ARTURO, CONSERJE, MARGARITA y EMILIA

(Margarita y Emilia, por el foro derecha. El Conserje se asoma, anunciando a Margarita, que le viene siguiendo los pasos, y se precipita en la escena al ver a Arturo e irrumpe hacia él con los brazos abiertos.)

- Conserje** (Antes.) Don Arturo, su señora y su cuñada.  
**Margar.** ¡Arturo! ¡Esposo mío!  
**Arturo** (La detiene con un gesto de mano y con su actitud.) ¡No te acerques si no quieres que haga otro tanto contigo!  
(El Conserje corre a avisar a don Daniel.)  
**Margar.** (Sorprendida por la actitud y palabras de Arturo, retrocede espantada, cayendo en los brazos de Emilia.) ¡Dios mío! ¡Qué dices! ¡Arturo! ¿A mí? ¿A tu Margarita?  
**Emilia** ¿Arturo, qué es lo que pasa?

## ESCENA VII

DICHOS y DON DANIEL

- Arturo** Déjeme usted en paz, señora, y llévase de aquí a su hermana, si no quiere que aquí mismo... (Hace ademán de avanzar hacia ella, interponiéndose don Daniel y Conserje.)  
**Margar.** Pero... ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿A mí, Arturo? ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo?  
**Conserje** (Intenta respetuosamente llevarse a Arturo, pero no lo consigue.) Véngase usted a la otra sala, don Arturo.  
**Emilia** Vámonos de aquí, Margarita.  
**Margar.** ¡No! ¿Por qué? ¡Don Daniel, por caridad, por el amor de sus hijos, dígame usted lo que pasa! ¿De qué me acusan? Yo no sé nada. ¡Yo soy inocente! ¡Yo no sé lo que ha pasado!  
**Arturo** ¿No-lo-sa-bes? ¿No has oído los tiros desde el sitio en que le esperabas?  
**Margar.** ¿Yo? ¿A quién? ¿Qué dices, Arturo?

- Emilia** ¡Hermana mía... júramelo... dime la verdad!  
¿Qué has hecho?
- Margar.** Nada, Emilia, te lo juro. ¡Nada! ¡Yo no sé  
qué es lo que dice! ¡Yo no sé de qué me acusan!  
¡Te juro que soy inocente! ¡¡Inocente!!  
(*Cae desvanecida.*)
- Conserje** Llévemola a la sala grande. (*Al Camarero,  
que está cerca de la puerta.*) Avisa a mi mu-  
jer que baje en seguida. (*Se la llevan por la  
puerta del foro izquierda.*)

### ESCENA VIII

- Arturo** ¡Infame! (*Pausa.*)
- Camar.** (*Que vuelve muy apurado.*) Señorito, se co-  
noce que la Policía se ha enterado de que es-  
tá usted aquí y ronda la casa. Mire usted por  
este balcón. (*Se van a la sala contigua y  
miran.*)
- Daniel** (*Vuelve por foro izquierda.*) ¿Qué pasa?
- Camar.** La Policía que ronda el edificio.
- Daniel** Malo; eso te va a perjudicar; has debido en-  
tregarte tú.
- Arturo** Pchs... Lo mismo me da.
- Daniel** No, no... no da lo mismo. (*Pensativo va y  
viene del balcón a la sala de la escena.*) Oye,  
(*Al Camarero.*) ¿aquél no es Felipe Ruiz, el  
hijo del Cardenal, que le llaman?
- Camar.** Sí, señor, el mismo.
- Daniel** Pues baja y a ver cómo te las arreglas para  
decirle, sin llamar la atención, que yo quiero  
hablar con él en el zaguán. (*Mutis derecha  
Camarero.*)

### ESCENA IX

#### ARTURO y DON DANIEL

- Arturo** ¿Qué va usted a hacer?
- Daniel** Empeñar mi palabra de honor de que tú irás  
en un coche a la Jefatura, a entregarte, pero  
que la Policía haga que no te ve salir. ¿Pue-  
do comprometerme?
- Arturo** Se lo juro, don Daniel, y muy agradecido.  
(*Mutis foro don Daniel.*)

## ESCENA X

ARTURO y JOSÉ

- Arturo** (*José por lateral derecha.*) ¿Lo has visto?  
**José** Chico, no. ¿Dónde se habrá metido? En su casa, en la de su novia, en el Juzgado, que sé yo en los sitios en que he estado preguntando por él.
- Arturo** Ya es inútil; voy a entregarme.  
**José** He visto tres o cuatro policías cerca de la puerta del Casino, y a don Daniel hablando con uno de ellos.
- Arturo** Sí, con el sargento. (*José mira por el balcón, y a poco vuelve.*)  
**José** Oye... me han dicho que... Margarita ha estado aquí...
- Arturo** Sí... ¡ahí dentro está!  
**José** ¿Te ha visto a ti?  
**Arturo** Sí... ha estado aquí mismo... Hace poco se la han llevado, creo que desmayada.
- José** ¿Le has hecho algo?  
**Arturo** No... ¡no me han dejado!  
**José** ¡Ya está bien la cosa, hombre!

## ESCENA XI

DICHOS, DON RAMON y DON DANIEL

- (*Entra don Ramón y después don Daniel, por la derecha.*)
- Ramón** (*A José.*) ¿No lo has encontrado?  
**José** Yo, no; ¿usted tampoco?  
**Ramón** Tampoco.  
**Daniel** Pronto... nadie te dirá nada; no te verán salir. Te metes en el coche, y a la Jefatura. Ellos te seguirán disimuladamente. No des lugar a que...
- Arturo** ¡Por Dios, don Daniel, ni hablar de eso! (*Abraza a todos.*) Explíquenselo todo a Santiago; y que vaya a verme en seguida. (*Vase derecha.*)

## ESCENA XII

DICHOS, menos ARTURO

- Daniel** (*Deteniendo a los demás.*) No... él solo; no hay que llamar la atención.
- Ramón** Ya la llamará él solo, aunque no quiera. ¡Está el pueblo!... ¡Todo el mundo haciendo corrillos en las aceras! (*Observan desde el balcón.*)
- Daniel** (*Al Camarero.*) Oye... tráeme algo... Tila, aunque sea.
- Ramón** Y a mí.
- José** A mí, tila, no; tráeme un cognac con soda. (*Mutis foro derecha Camarero. A don Daniel.*) Pero ¿dónde está Margarita desmayada?
- Ramón** ¡Margarita aquí!
- Daniel** Allí la están atendiendo su hermana y la mujer del Conserje. ¡Ha habido aquí una escena!
- Ramón** ¿Pero se presentó aquí?
- Daniel** Con su hermana y queriendo abrazar a su marido, y jurando que ella es inocente, que ella no sabe nada. (*José se ha levantado y espía por foro izquierda.*)
- Ramón** ¿Y qué cree usted de todo eso?
- Daniel** ¿Yo?... Yo no puedo creer que esa muchacha...
- José** ¡Chist!... Ahí vienen.

## ESCENA XIII

DICHOS, MARGARITA y EMILIA

- (*Conserje y Camarero las siguen y se detienen en el dintel de la puerta del foro.*)
- Margar.** ¿Dónde está mi marido?
- Daniel** Siéntese, Margarita. Tranquilícese un poco.
- Emilia** ¿Se ha marchado?
- Daniel** Ha tenido que ir a entregarse, porque ya estaba ahí abajo la Policía esperando a que él saliera...
- Margar.** ¿Y se lo han llevado preso?
- Daniel** No; él ha ido en un coche; solo, sin que nadie le moleste.

- Margar.** ¡Dios mío! ¡Qué desgracia! ¡Qué vergüenza!
- Daniel** Cállese usted, Margarita.
- Margar.** ¿Pero él qué dice de mí? ¿De qué me acusa? ¡Dígame usted, don Daniel! ¡Por caridad! Yo sé que usted me quiere mucho, no me oculte usted nada.
- Daniel** *(Después de vacilar un poco.)* Dice... que... interceptó... una carta... que iba dirigida a usted.
- Margar.** ¿Una carta de quién?
- Daniel** De...
- Emilia** ¿Del muerto? *(Don Daniel asiente. Emilia mira a su hermana con temor, como aterrorizada ante la magnitud de la sospecha.)*
- Margar.** ¿Una carta para mí? ¡Dios mío! ¿Para mí? No es posible...

## ESCENA XIV

### DICHOS y SANTIAGO

- Santiago** ¿Dónde está Arturo? *(Saluda afectadísimo a Margarita y Emilia.)*
- Ramón** Ha ido a entregarse.
- Santiago** ¿Por qué no me ha esperado?
- Daniel** Hombre, no podía ser; estaba ya la calle llena de policías que rondaban puertas y balcones.
- Santiago** ¿Y por qué ha salido?
- Daniel** Yo arreglé con ellos que Arturo se iría en un coche a entregarse espontáneamente.
- Santiago** ¿Y accedieron?
- Ramón** Sí... nadie lo ha molestado.
- Santiago** Menos mal. Bueno, ¿y cómo lo cuenta él? ¡Porque por ahí corre cada versión! *(Don Daniel dice por señas a Santiago que no puede hablar delante de Margarita; pero ésta sorprende las señas.)*
- Margar.** ¿Por qué no quiere usted decirlo delante de mí? ¡Por caridad, don Daniel! Diga usted todo lo que él ha dicho... ¡Yo le juro que soy inocente, yo no tengo de qué avergonzarme! ¡Yo quiero saber de qué se me acusa! ¡Dígalo todo, don Daniel! ¡Por favor!
- Santiago** Yo creo que no debemos ir con secretos; la cosa es grave y nadie debe ocultar nada.

- Ramón** Yo creo lo mismo.  
**Daniel** Pues cuéntelo usted.  
*(Durante esta escena, el Conserje y el Camarero permanecen a respetuosa distancia, comentando a ratos entre sí lo que oyen.)*
- Ramón** Arturo volvió a su casa a las diez; había salido a las nueve.
- Margar.** Como siempre, sí.
- Ramón** Cuando volvió... dice que usted ya no estaba en casa... se había marchado sin decirselo.
- Emilia** Había venido a mi casa.
- Margar.** Como todos los días o casi todos.
- Santiago** ¿Pero él sabía que usted iba a salir?
- Margar.** Como lo sabe de todos los días.
- Santiago** Pero ¿hoy no le dijo usted que saldría?
- Margar.** Creo que no; ningún día se lo digo; ya lo sabe él.
- Santiago** Bueno, ¿y qué más?
- Ramón** Al volver a salir sorprendió en la escalera a un muchacho que llevaba una carta para la señora; la recogió él, y al notar que la letra del sobre era letra de hombre... abrió la carta...
- Santiago** ¿Y era de Joaquín Sáenz? *(D. Ramón asiente.)*
- Margar.** ¿Para mí? ¿De ese hombre? ¡¡No, no!! ¡Imposible! ¡No puede ser! ¿Verdad, Emilia, que eso no puede ser? Ayúdame tú a negarlo, hermana mía.
- Santiago** ¿Ha referido él lo que decía la carta?
- José** La hemos leído todos.
- Santiago** ¿Qué decía?
- Ramón** ¿Te acuerdas tú bien? *(A José.)*
- José** ¡Casi textualmente!
- Santiago** Venga... pues... ¿Qué decía? *(Don Daniel repite las señas de antes.)*
- Margar.** ¡No le diga usted que se calle, don Daniel! ¡Por el amor de Dios se lo pido! ¡Yo quiero saberlo todo! ¡Tengo derecho a saberlo!
- Santiago** *(Impaciente.)* ¡Venga! ¿Qué decía la carta?
- José** Sobre poco más o menos... decía así... «Margarita adorada...»
- Margar.** ¿A mí? ¿Ese hombre? ¡No es posible! ¡No! ¡Dios mío! ¡Esto es un error! *(Su hermana hace gestos de desconfianza.)*
- José** *(Espoleado por Santiago.)* «Llevo tres días sin verte. Te suplico, por nuestro amor, *(Las palabras más comprometedoras las dice en voz baja, por respeto a Margarita.)* que hoy, en

cuanto salga tu tirano, vayas a nuestro nido, donde, como siempre, te espera loco de amor tu Joaquín.»

**Emilia** ¿Pero esa carta iba dirigida a mi hermana?  
**Santiago** ¿Vieron bien el sobre?

**Ramón** Nombre, apellido, calle, número, con todas sus letras.

**Margar.** *(Se ahoga, se agita; intenta serenarse, vuelve a ser presa de gran agitación; quiere dominarse y no puede.)* ¡No es posible! ¿Cómo puede ser eso? ¡Dios mío, es imposible! ¡Es un error! ¡Yo me ahogo! ¡Yo me muero! ¡Emilia!

**Emilia** ¡Hermana mía! *(Con reproche.)*

**Margar.** Te lo juro yo, Emilia; no era para mí esa carta; no puede ser. Yo nunca he hablado con ese hombre. ¡Esto es una infamia! *(Solloza. Pausa.)*

**Casto** El resto ya lo sabrá usted. *(Dirigiéndose a Santiago.)* Se fué en busca del otro; lo siguió, y cuando vió que se disponía a entrar en el pisito que tiene en el final de la Plaza Espafioleto, lo alcanzó... y allí lo dejó tendido.

**Margar.** ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué me pasa a mí? ¿Quién me quiere mal? ¿Cómo es posible esto? ¡Emilia!... ¡Defiéndeme tú; ampárame tú; yo no puedo más! *(Pausa. Levantándose decidida.)* ¡Yo quiero ver a mi marido! Yo necesito hablarle, decirle que soy inocente, que crea en mí... Vamos, Emilia, acompáñame...

**Santiago** Señora... si usted se tranquilizara... yo le preguntaría unos datos que necesito...

**Margar.** *(Transición. Reponiéndose.)* Todo lo que usted quiera, Santiago; ya estoy tranquila. ¿Qué quiere usted saber? *(Se sienta.)*

**Santiago** ¿A qué hora salió usted de su casa?

**Margar.** Cerca de las diez.

**Santiago** ¿Dónde se dirigió?

**Emilia** A mi casa. A las diez estaba ya en mi casa.

**Santiago** ¿Y cómo ha sido el venir ustedes aquí?

**Emilia** ¿Lo cuento yo?

**Margar.** No, yo; yo misma... yo misma... *(Pausa. Hace visibles esfuerzos para serenarse.)* Serían las once o poco más, cuando se presentaron en casa de mi hermana dos señores, preguntando por mi marido. La criada les dijo que no estaba, y entonces pidieron hablar conmigo. Salí, y esos señores me dijeron que

venían de mi casa, y que necesitaban ver a Arturo; que les dijese yo dónde estaría. Les contesté indicándoles los sitios que Arturo suele recorrer por las mañanas, para sus negocios, y entonces ellos, al verme tan tranquila, me preguntaron si yo sabía lo que había ocurrido en no sé qué calle.

**José** En la Plaza Españoleta.

**Margar.** Sí, esa. Contesté que no, y les pregunté sobresaltada. Entonces me dijeron que mi marido había hecho una muerte. Después... ¡qué vergüenza!, me dijeron que tenían que tomarme una declaración.

**Santiago** (Como asustado.) ¿Y le tomaron a usted declaración?

**Margar.** Me hicieron no sé cuántas preguntas.

**Santiago** ¿Pero usted firmó algo?

**Emilia** Claro. Las respuestas que dió.

**Santiago** ¡Malo! (Pausa.) Bueno... vamos a ver; ¿qué declaró usted, qué le preguntaron?

**Margar.** Que si yo conocía al muerto.

**Santiago** ¿Y usted?...

**Margar.** Contesté que no; que le conocía de vista, como del pueblo que era, pero nada más.

**Santiago** ¡Malo!

**Margar.** ¿Por qué? ¡Es la verdad! ¿Es que duda usted de mí, Santiago?

**Santiago** Nada, señora; yo no dudo nada; yo soy desde ahora el abogado defensor de su marido; así es que tiene usted la obligación de ayudarme.

**Margar.** Ya lo creo... sí, señor... Todo lo que usted mande... Todo lo que haya que hacer... ¡Mi vida! ¡La de mi hijo! ¡Todo, Santiago, todo!

**Santiago** Por ahora no hace falta más que un poco de serenidad y un poco de lógica. Lo demás, ya vendrá. ¿Qué más le preguntaron a usted?

**Margar.** Que si yo conocía los motivos que pudo tener Arturo para matar a ese hombre.

**Santiago** ¿Y qué contestó usted?

**Margar.** Que no sabía nada, la verdad; que no sabía que fuesen enemigos; y que no me lo explicaba. ¡La verdad!

**Santiago** ¡Malo, Malo!

**Margar.** Pero ¿por qué?

**Emilia** Eso digo yo también, don Santiago. ¿Por qué ha de ser malo para él que mi hermana haya dicho la verdad? (Pausa.)

(*Conserje finge ser llamado desde dentro y hace mutis.*)

**Santiago**  
**Margar.**

¿Le preguntaron algo más?  
Nada más; en cuanto salieron ellos, nos fuimos locas en busca de mi marido, en busca de noticias. A casa no había ido; ahí enfrente nos dijo una amiga que lo había visto bajar de un coche y entrar en el Casino, y aquí vinimos corriendo, ¡y aquí me rechazó, me injurió! ¡Quiso matarme! ¿Por qué?... ¿Por qué? ¡Dios mío! ¡Si yo soy inocente de todo! ¡Inocente! (*Pausa.*)

**Daniel**  
**Santiago**

(*A Santiago.*) ¿No vas a verle?  
¿Para qué? Ahora no me dejarían hablar con él; estará incomunicado. ¡Qué lástima no haberle visto antes!

**Conserje**

Don Santiago, el cochero que llevó a don Arturo está ahí. Dice que trae una carta que no se la puede entregar a nadie más que a usted.

**Santiago**  
**Conserje**  
**Santiago**

¿Dónde está?  
Aquí arriba.  
Con permiso, un momento. (*Mutis foro derecha, con Conserje. A poco vuelve por la misma puerta.*) Una carta de él... La ha escrito a lápiz... en el coche... (*Acaba de leer otra carta que venía dentro.*) Aquí está también la carta del otro.

**Margar.**

¡A ver... a ver esa carta!... (*Lanzándose a quitársela. Santiago se la da.*) ¡Mi nombre! (*La lee.*) ¡Dios mío! ¡Esto es horroroso! Esta carta no es para mí. ¡No puede ser! ¡No puede ser! (*Estruja la carta entre las manos.*)

**Santiago**

¡Por Dios, señora; no rompa usted esa carta! (*Se la quita, la desarruga, la vuelve a leer y se la guarda.*)

**Daniel**  
**Santiago**

¿Qué te dice Arturo?  
Nada, que no se ha atrevido a llevar consigo la carta por si se le extravía en las primeras diligencias. Ha hecho bien.

**Emilia**  
**Margar.**

Vámonos de aquí, Margarita.  
Como tú quieras, hermana mía. (*Se levanta pausadamente.*) Yo les juro a ustedes, señores, que soy inocente, que soy una mujer honrada. ¡Esa carta!... ¡No sé! Tiene que ser una equivocación... o una venganza... ¡Para mí no es! Yo lo juro.

**Santiago**

Pero señora... ¡Si el sobre está bien claro!

- Margar.** (*Cae en otro sillón.*) ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¡No me cree! ¡Me acusa! ¡Me cree culpable!
- Emilia** Margarita, por nuestra madre te lo pido; dímelo todo.
- Margar.** Por su santa memoria te lo juro, hermana de mi alma. ¡Yo no soy culpable de nada, yo no he hablado nunca con ese hombre; nunca él me ha dirigido la palabra ni yo se lo habría permitido! Te lo juro, Emilia, por ti, por mí, por ella, por mi hijo...
- Emilia** (*A Santiago.*) Mi hermana no jura en falso; mi hermana es inocente, ¿lo oye usted?
- Santiago** No lo dudo, señora; yo todavía no he podido formar juicio del asunto; sólo conozco el hecho por las referencias que me han dado; y sólo veo para Arturo un medio de salvarlo; esta carta.
- Emilia** Pero esa carta es una acusación contra mi hermana, y ella es inocente.
- Santiago** Pero es la salvación de su marido. (*Pausa.*)

## ESCENA XV

### DICHOS y DON CASTO

- Ramón** (*A Santiago.*) Aquí, Ruiz, conoce bien la letra de Sáenz. (*Santiago le da la carta.*)
- Casto** Sí... su letra...
- Santiago** Yo también reconocí en seguida su letra. (*Pausa.*) Sólo se explica de un modo; que él, despedido por una negativa de usted...
- Margar.** ¡Pero si yo le juro a usted que a mí ese hombre nunca me ha dirigido la palabra! Cuantas veces me lo he encontrado en la calle y ¡nunca! he notado que me mirase siquiera. ¡Si hasta parecía que me despreciaba!
- Santiago** ¿Y con todos esos detalles ha declarado usted?
- Emilia** Claro que sí.
- Santiago** ¿Pues con esa declaración ha hundido usted a su esposo.
- Margar.** ¿Yo?
- Emilia** ¿Cómo?
- Santiago** Muy claro, señora; la única defensa que él

puede tener es la de que mató para defender su honor. Si le quitamos esa defensa... mató sin causa justificada... ¡un asesinato vulgar! Justo.

**Casto**

**Margar.**

**Santiago**

**Margar.**

¿Pero qué iba a decir yo?

Pues... (*Vacila.*)

(*Queda unós instantes pendiente de lo que Santiago no se atreve a decir.*) ¡Usted duda de mí! Usted me cree culpable.

**Santiago**

No, señora, nada de eso; yo sólo dudo de que podamos librar a Arturo de un presidio. Si usted insiste en negar que esa carta fuese dirigida a usted y en afirmar que ni siquiera conocía al muerto... resultará que su esposo no mató en defensa de su honor, como él dice y como habrá declarado ya, y entonces...

**Daniel**

**Margar.**

**Santiago**

¡Qué conflicto!

¿Y qué tengo yo que hacer para salvarle?

(*Vacilando, pero dispuesto a decirlo.*) Solamente... puede usted salvarlo... (*Con decisión suprema.*) Dejando que todo el mundo crea que esa carta era... una cita...

**Margar.**

**Emilia**

**Santiago**

**Emilia**

¿Yo? ¡No! ¡Eso nunca!

¡Pero si es mentira!

Entonces... ¡a presidio!

¿Cómo puede usted exigir eso de mi hermana?

**Santiago**

Yo no la exijo nada, señora; me limito a aconsejarla.

**Emilia**

**Santiago**

Ni aconsejar tampoco.

Aconsejar, sí. Como abogado de Arturo yo tengo el deber de indicar a Margarita la declaración que más le puede favorecer.

**Emilia**

Pero no la confesión de una falta que ella no ha cometido.

**Santiago**

**Emilia**

Pero si esta carta la acusará...

La acusará falsamente, pero ella protestará siempre.

**Margar.**

¡Siempre! ¡Siempre! Toda la vida. ¡Yo soy inocente!

**Emilia**

Anda, Margarita, vámonos. ¿Quieren ustedes avisar un coche? (*Salen a avisar el Conserje y el Camarero.*)

**Margar.**

¡Adiós, señores!... ¡Santiago, por caridad, por lo que usted más quiera... no me martirice con sus dudas!... ¡Créame! ¡Descubra usted lo que hay en esto! ¡Yo no he cometido falta alguna! Yo adoro a mi marido; us-

ted lo sabe; usted no puede dudar de que soy inocente.

**Santiago** Pero si yo no lo dudo, Margarita. Como amigo fraternal de Arturo, no solamente creo que usted es inocente, sino que deseo probárselo... pero... después... ahora no... ¡no conviene!

**Margar.** ¿Entonces he de dejar que me crean culpable? ¡Es posible, Dios mío!

**Emilia .** ¡Pero si es una calumnia! ¿Por qué no probarlo en seguida?

**Santiago** Ya se lo he dicho, señora; si destruimos la causa que Arturo invoca para justificar lo que ha hecho, ¡irá a presidio para toda su vida!

**Margar.** ¡Dios mío, qué hacer entonces! ¡Dejar que me crean culpable!

**Santiago** Lo salvaría usted a él...

**Emilia** ¡Eso nunca, hermana mía! ¡Vámonos, vámonos!

**Margar.** *(Mirando a Santiago.)* ¿Lo salvaría yo... declarándome culpable? *(Santiago asiente suplicante. Emilia tira con fuerza de su hermana. Esta, por gestos expresivos, da a entender a Santiago que confíe en ella, que ella se sacrificará por salvar a su marido. Salen por foro derecha acompañadas del Conserje. Todos, después de verlas desaparecer, toman asiento. Pausa.)*

## ESCENA ULTIMA

DICHOS, menos EMILIA, MARGARITA y CONSERJE

*(Durante toda la escena, don Ramón y don Casto asienten a lo que sostiene don Daniel, y José a lo que dice Santiago.)*

**Daniel** Oye, Santiago. ¿No pudiera ser también que ese hombre tuviera una carta escrita para Margarita, requiriéndola de amores, y otra carta para alguna de sus amantes; y un cambio de sobres?...

**Santiago** *(Saca la carta y la enseña a don Daniel.)* Mire usted cómo empieza la carta: Margarita adorada.

**Ramón** ¡Sólo si tenía alguna otra amante llamada Margarita!

- Santiago** Es mucho apurar. Además, señores, a mí no me conviene descifrar ese enigma, si realmente lo es, pues para defender a Arturo, me conviene que esa carta sea reconocida como dirigida a Margarita.
- Casto**  
**Santiago** ¿Pero y si ella se obstina en negarlo? Ya la convenceremos; no habrá más remedio porque... si ella insiste en negarlo todo... ¡no sé, no sé!... Pero yo creo que hasta tendré que hacer declarar a algunos que la vieron entrar.
- Daniel**  
**Santiago** Pero eso sería una infamia. Parece mentira, don Daniel, que me diga usted eso. Yo tengo que salvar a Arturo. Ya sabe usted que él es para mí un hermano; que todo lo que yo soy se lo debo a él. ¡¡Arturo no puede ir a presidio!!
- José**  
**Daniel** ¡Pobre Arturo!  
¡Pero razona, hombre, no seas impulsivo!... Vosotros los jóvenes...
- Santiago** ¡Si no es cosa de jóvenes ni de viejos! ¡Es cosa de lógica, de lógica nada más!
- Daniel** Lógica, sí, ¡pero lógica humana! Porque si Margarita no miente, ¡y yo creo que no miente!, lo lógico es que hay aquí un misterio; aquí hay algo que no vemos, pero que buscando...
- Santiago** No seré yo el que busque...
- Daniel** Entonces... ¡Si te cierras a partido!
- Santiago** ¡No hay más remedio, don Daniel! Aquí lo esencial es salvar a Arturo.
- Ramón**  
**Santiago** Todos deseamos que se salve. Sí, pero ustedes lo desean, y yo, además de desearlo, tengo que poner los medios para conseguirlo.
- Daniel** ¡Pero conseguirlo con perjuicio del honor de su mujer! ¡De su propio honor!
- Santiago** Nada de eso. Ni su honor ni el de Margarita sufrirán un daño positivo: estarán en entredicho unos meses, y nada más. Aquí se trata sencillamente de tener el valor necesario para sobreponerse al qué dirán, a la opinión burlesca del vecindario; porque yo necesito que Margarita se abstenga de comparecer en este pleito. De ese modo la creerán culpable, y esa falsa creencia es la que yo utilizaré con esta carta para libertar a Arturo.

- Daniel** Bien. Si tú crees indispensable que esa carta figure en los autos, en defensa de Arturo, dejemos esa carta en paz. Pero al mismo tiempo todos nosotros podemos ir haciendo averiguaciones hasta descifrar este misterio...
- Santiago** Eso es, y en cuanto esté descifrado, a contárselo al juez y a destruir...
- Daniel** Nada de eso, señor abogadillo impetuoso; ya hemos quedado en que no conviene que se dude oficialmente de la verdad de esa carta...
- Santiago** Entonces, ¿para qué hacer esas averiguaciones ahora?... Después... después...
- Daniel** No, ahora, ahora es cuando conviene hacerlas, y te lo voy a demostrar. Digo y repito que Margarita, si no es culpable, nunca se avendrá a callarse sabiendo que su silencio es su culpabilidad. Conozco bien el temperamento de Margarita. Pues bien; nosotros hacemos las averiguaciones necesarias; ¿que no dan resultado? ¡Paciencia! ¿Que se aclara toda la verdad? Pues queda ésta entre nosotros hasta que Arturo sea libertado. Pero al menos conseguiremos que Margarita haga lo que tú necesitas, pues sabiendo ella que su marido está enterado de que es inocente, y de que es papel convenido que ella se resigne a que la crean culpable...
- Santiago** ¿Usted conoce bien el temple de Margarita?
- Daniel** ¿Pues yo conozco bien el temple de Arturo?
- Santiago** ¿Y qué tenemos?
- Daniel** Pues nada... que le vamos a Arturo con esa historietita o con esa aclaración, le proponemos que su mujer se confiese culpable para salvarle a él, y Arturo nos echa a todos de su presencia, y no vuelve a mirarnos a la cara. ¡No conoce usted bien a Arturo! Cualquiera día consiente él, a sabiendas de que su mujer es inocente, que no lo demuestre por salvarlo a él de la cárcel.
- Daniel** (*Se levanta amoscado.*) Entonces... no hay remedio: ¡allá cada cual! Yo proponía una cosa correcta, humana...
- Santiago** Pero, don Daniel, ¿es posible que quiera usted convencerme de que se puede escapar de las mallas de la justicia con procedimientos correctos y humanos? (*Gesto de cansancio.*) No. No. Para mí no hay más que un deber: libertar a mi gran amigo; y ese deber lo cum-

pliré, cueste lo que cueste, aunque tenga que decir una cosa a Margarita y otra cosa distinta a Arturo, y otra muy diferente al público y otra muy contraria al juez.

**Daniel**  
**Santiago**

Pero eso no es noble; eso es mentir, intrigar. . . ¿Pues no dicen ustedes que lo de esa carta es una mentira, que es una intriga? Entonces... ¿qué pretendes ustedes? ¿Que yo sea tan torpe que me revuelva contra esa mentira y contra esa intriga, con la verdad y la rectitud en la mano? ¡Qué más quisieran los intrigantes y los calumniadores! ¡Que lucháramos contra ellos con armas nobles y leales! ¡Nos vencerían siempre! No, no... Yo apelaré ahora a todos los medios para lograr el fin que me propongo, y después para deshacer la calumnia y reparar, como mejor pueda, el daño recibido por Margarita. Dos obras buenas, ¿verdad? Pues ya verán ustedes cómo del mismo modo que la intriga, el enredo y la mentira labraron la ruina de esa familia, así nosotros, si queremos reparar el mal causado, tendremos que apelar a la mentira, al enredo y a la intriga. ¡No hay otro camino! ¡Esta es la realidad, amigos míos! ¡Esta es la organización social en que se han invertido veinte siglos!

**Daniel**

Sí, conforme; una organización pésima, que tú mismo has censurado siempre, pero que ahora, en el momento de poner en ella un correctivo y una enmienda, prefieres aprovecharte de sus errores y de sus vicios.

**Santiago**

Ya lo creo, ¡pues no faltaba más! Yo predico contra ella y procuro en cuanto puedo corregirla, pero no por eso he de dejarme arrollar por sus defectos. Lo que usted exige de mí es idéntico a lo que pretenden muchos sociólogos ilusos: transformar las cosas sin transformar antes a las personas. ¡Tiempo perdido! Lo primero, don Daniel, es reformar al hombre; lo demás, por él será reformado. Deme usted, en este caso, un pueblo educado y yo le daré a usted pleito en toda su verdad; pero un pueblo como el nuestro, educado en la mentira y para la mentira, ¿qué haría yo con la verdad en la mano? ¡El papel de un minúsculo Quijote! ¡De un Quijote ridículo!

**Daniel**

¡Que hable así un hombre joven! ¡Cobarde ju-

ventud que le tiene miedo al fracaso! ¡Me hace la ilusión del que no entra en la vida por temor a la muerte!

**Santiago**

Muy bonito eso, don Daniel, muy bonito...

**Daniel**

¿Bonito nada más? ¿Hablas en serio?

**Santiago**

En serio le digo a usted que tiene razón, muchísima razón; pero yo también la tengo, porque mi conveniencia hoy está en ir contra la razón...

**Daniel**

Y contra la verdad...

**Santiago**

Contra la razón y contra la verdad, sí, señor. Pero... si logro salvar a Arturo resultará que habré ido en busca y favor de la libertad, que es la suprema razón y la verdad suprema.

**José**

En eso, yo estoy contigo.

**Santiago**

¿Sí? Pues ayúdame en esta cruzada. ¿Un hombre ha perdido la vida? Pues ¡viva la vida! ¿Otro hombre ha perdido la libertad? Pues ¡viva la libertad! Atropellaremos por todo para alcanzar la libertad de Arturo; y una vez en posesión de ella, repondremos en su sitio la verdad y la razón. Esa es la ventaja, señores, que la verdad no me sirve hoy para conseguir la libertad; en cambio, cuando Arturo goce de libertad, podremos con ella alcanzar el triunfo de la razón y el triunfo de la verdad. Vamos, José; tú serás mi escudero. (*Avanzan resueltamente hacia el foro, abrazados.*)—*Telón rápido.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

02:00 - 03:00 - 04:00 - 05:00 - 06:00 - 07:00 - 08:00 - 09:00 - 10:00 - 11:00 - 12:00 - 13:00 - 14:00 - 15:00 - 16:00 - 17:00 - 18:00 - 19:00 - 20:00 - 21:00 - 22:00 - 23:00 - 24:00



## ACTO SEGUNDO

---

*En el despacho del abogado Santiago. Puerta lateral izquierda. Puerta foro. Balcón a la calle en lateral derecha.*

### ESCENA PRIMERA

*DOÑA CARLOTA y MARGARITA, sentadas cerca de la puerta lateral.*

- Carlota** *(Mirando la hora.)* Me extraña que tarde tanto una noticia u otra.
- Margar.** Eso es que le han condenado y nadie quiere venir a decírmelo.
- Carlota** No pienses mal, hija mía; no seas pesimista. Si eso fuera, ya sabes tú que las malas noticias corren más de prisa que las buenas. Si lo hubieran condenado, ¡ya habría venido un alma caritativa a decírtelo!
- Margar** Entonces, ¿cómo se explica usted esta tardanza? ¿No dijo Santiago que a las doce estaría todo terminado?
- Carlota** ¡Pero, hija mía, si no hace nada que dieron las doce!
- Margar.** Más de media hora.
- Carlota** No, todavía no es la media...
- Margar.** Casi...
- Carlota** *(Se levanta también, se asoma al balcón y vuelve a sentarse y a levantarse.)* ¡Cuántas veces mi hijo me aseguró que un juicio ter-

minaría a tal hora, y luego duró no sé cuántas horas más!

**Margar.** Pero... ¿cómo no ha dicho nada por teléfono?  
**Carlota** (Al foro.) ¡Faustina!... ¡Faustina!...

## ESCENA II

DICHOS y FAUSTINA; a poco, SANTIAGO y JOSE

**Faustina** (Por foro izquierda.) ¿Qué manda usted, señorita?

**Carlota** Llégate a la farmacia a preguntar si allí saben ya algo.

**Margar.** Y si no saben nada, que hagan el favor de preguntar por teléfono.

**Carlota** Eso, sí.

**Faustina** Yo misma preguntaré, señorita. (Mutis foro derecha. Al instante vuelve y toda alborozada dice.) Ya está aquí el señorito. (Se queda allí hasta oír la primera noticia, y en seguida hace mutis por foro izquierda.)

**Santiago** (Jubiloso estrecha la mano a Margarita y abraza a su madre.) ¡Enhorabuena! ¡Triunfo completo! ¡Libre absolución!  
(José también da la enhorabuena a Margarita.)

**Carlota** Estábamos ya... ¡Como dijiste a las doce!

**José** Y no se equivocó; antes de las doce ya sabíamos el fallo, pero... no ha sido posible venir en seguida... porque los amigos y los compañeros no lo han dejado... lo estrujaban abrazándole, felicitándole.

**Santiago** ¡Ni pude llegar al teléfono!

**Margar.** ¿Y Arturo?

**Santiago** Antes de una hora estará aquí. Yo mismo oí las órdenes que daba el presidente para que redactasen en seguida la orden de libertad.

**Margar.** ¿Con quién vendrá?

**José** Con don Daniel.

**Santiago** Con nuestro gran amigo don Daniel; él tiene la misión de esperarlo y traérselo aquí. ¿Está todo preparado? ¡Eh, vieja mía! ¿No te dije que podías preparar una buena comida? ¡Estaba yo seguro de que él comería hoy con nosotros!

**Carlota** Voy a ultimarle todo yo misma. (Vase izquierda.)

### ESCENA III

MARGARITA, SANTIAGO, DON RAMON, DON CASTO,  
el CONSERJE y CAMARERO, por foro derecha.

- Ramón** Enhorabuena. ¡Qué exitazo! (*Estrecha la mano a Santiago y da la enhorabuena a Margarita.*)
- Conserje** ¡Qué triunfo!
- Camar.** ¡Enhorabuena, señorito Santiago; enhorabuena, señora! (*A Margarita.*)
- Casto** ¡Puedes estar orgulloso! (*Abrazando a Santiago.*)
- Santiago** Lo estoy, lo estoy.
- Margar.** (*Aparte a Santiago.*) ¿Estarán todos aquí cuando llegue Arturo?
- Santiago** No; les echaré antes. (*Llama aparte a José.*) Contigo se puede ser franco; ya sabes lo que le preparamos a Arturo. Es preciso que con habilidad y como cosa tuya, te los llesves a todos. Luego, tú vuelves en seguida.
- José** No; yo también me iré; a la tarde volveré. ¿No come él aquí?
- Santiago** Sí, pero tú también. ¡No faltaba más! Te esperamos.
- José** Bueno, volveré. ¡Gracias!
- Ramón** ¿Estarás satisfecho?
- Santiago** ¡Figúrate!
- Conserje** ¿Vió usted cómo lloraban las señoras?
- Santiago** ¡Yo qué iba a ver, hombre! Para mirar al público estaba yo.
- José** Bueno, señores; es la hora de comer. La de vámonos todos.
- Ramón** Yo quisiera esperar a Arturo.
- Casto** Y yo.
- José** Si él no vendrá ahora aquí, y Santiago tiene que ir a acompañar a la señora. ¡Vámonos, vámonos! (*Habla algo aparte a don Casto y don Ramón. Estos se despiden, y lo mismo hacen los demás.*)
- Conserje** Repito mi enhorabuena, señora, y que la segunda parte sea otro éxito. (*Los demás dicen frases por el estilo.*)
- Margar.** ¡Gracias, gracias a todos!
- Santiago** ¡Gracias, hasta luego; gracias, gracias!... (*Mutis todos menos Santiago y Margarita.*)

## ESCENA IV

MARGARITA y SANTIAGO

- Santiago** ¿Ve usted como todo ha ido como una seda, siguiendo mi consejo?
- Margar.** ¡Sí, pero ya sabe usted lo que me ha costado!
- Santiago** Pero... ¿y lo que le ha valido? ¿Qué aprecia usted más?
- Margar.** ¡Oh, ni qué decir tiene! Primero que nadie es mi marido, mi Arturo.
- Santiago** Y mañana, cuando su hermana de usted se entere de todo, también se convencerá.
- Margar.** ¡Qué sé yo! ¡Es tan especial esta hermana mía! ¡Tan desconfiada! ¡Más parece familia de Arturo que mía!

## ESCENA V

DICHOS y DOÑA CARLOTA; a poco, DON DANIEL

- Carlota** (*Entrando por donde se fué.*) Dentro de una horita estará la comida. ¿Crees que para entonces?...
- Santiago** Todo estará arreglado.  
(*Entra don Daniel malhumorado y se deja caer en un sillón.*)
- Santiago** ¿Qué ha pasado? ¿Y Arturo?
- Daniel** No ha querido venir.
- Santiago** ¿Cómo?
- Margar.** ¿Por qué, don Daniel?
- Daniel** Dijo que se iba a una fonda y no ha habido medio...
- Margar.** ¡Dios mío! Pero... ¡¡Santiago!!
- Santiago** Calma, calma... ¿Qué le ha dicho usted?
- Daniel** Conforme quedamos, le dije que tú querías que comiéramos hoy contigo...
- Santiago** ¿Y por qué no ha querido?
- Daniel** Dice que necesita tranquilizarse, estar solo; que esta noche vendrá a verte... ¡y que mañana se va de Játiba! ¡Se va al extranjero!
- Margar.** ¡Dios mío! ¡No quiere verme! ¡No quiere hablarme! ¡Santiago! ¿Qué es esto?
- Santiago** ¿Pero usted le ha dicho que estaba aquí Margarita?

- Daniel** Tuve que decírselo.  
**Santiago** ¿Por qué se lo dijo usted?  
**Daniel** ¡Hombre!... ¡La alegría me rebosaba!... Yo no estaba para más ocultaciones... no pude resistirme a darle la gran noticia. Margarita, le dije, es inocente.  
**Margar.** ¿Y qué dijo él?  
**Daniel** Se sonrió... me contestó que tal vez...  
**Margar.** ¡Lo duda! ¡Lo duda! ¡Dios mío! ¡No cree en mi sacrificio! Santiago, ¿qué ha hecho usted de mí?  
**Santiago** ¿Y no le dijo usted que las pruebas?...  
**Daniel** Todo... todo se lo dije. Y le juré y le perjuré, le di mi palabra de honor... Todo inútil. Ni mis canas respetó cuando le supliqué que viniera conmigo.  
**Santiago** ¿A qué fonda se ha ido?  
**Daniel** A esa de ahí enfrente.  
**Margar.** No conseguiremos nada. ¡No quiere verme! ¡Madre mía! ¡Por qué este castigo!  
**Santiago** Cállese usted, Margarita; quietos todos aquí y tranquilos. Yo respondo de que Arturo viene conmigo. (*Sale. Pausa. Margarita llora.*)  
**Carlota** No te desconsueles, Margarita. ¡Quién sabe! ¡Un mal pensamiento! ¡Un alarde de hombre! Mi hijo le convencerá.  
**Margar.** Yo hice mal en ocultar la verdad. Yo debí presentarme a negar aquella carta...  
**Carlota** Pero en ese caso Arturo no estaría hoy libre.  
**Margar.** ¿Y qué me importa que lo esté, si para mí es peor que si hubiera ido a presidio, porque entonces no vendría a verme porque no podría, pero ahora no viene porque no quiere, porque me cree culpable, porque me desprecia. ¡Me desprecia! ¡Dios mío!  
**Carlota** Pero eso es hasta que hable con Santiago. Ten paciencia, hija mía; quedaban, por lo visto, algunas gotas en el cáliz de tu amargura.  
**Daniel** Usted perdone, doña Carlota, pero... su hijo se ha equivocado con Arturo. ¡Si me hubiese hecho caso a mí, que soy más viejo que él!  
**Carlota** Este hijo mío es tan especial, tan confiado, tan crédulo, que cree que todos son como él.  
**Daniel** Arturo fué siempre un hombre receloso, desconfiado...  
**Margar.** Por eso no quería yo desfigurar los hechos.

¡Dios mío, por qué no le hice caso a mi hermana!

**Daniel** Santiago creyó que con decirle a Arturo: yo tengo las pruebas de que tu mujer es inocente, Arturo ni siquiera querría ver las pruebas. Es un error... es un error... Todo el mundo sabe de lo que es capaz un buen amigo; y Arturo creerá siempre que cuanto le diga Santiago en bien de Margarita, lo hará por su buen corazón de amigo... Y éste es otro conflicto.

**Carlota** Pero, las pruebas, don Daniel, están ahí... las verá, las examinará.

**Daniel** ¿Y si duda de la veracidad de esas pruebas?  
¿Y si desconfía de todos nosotros?

**Margar.** El no creerá a nadie; él es muy suyo; para él no hay más verdad que la que ven sus ojos y su conciencia.

**Carlota** No desesperemos, hija mía; todo se arreglará; lo mismo que se ha conseguido libertarlo, se conseguirá convencerlo.

## ESCENA VI

### DICHOS y JOSE

**José** ¿Qué ocurre? (*A don Daniel.*) ¿Por qué llora?  
(*Por Margarita.*)

**Daniel** Tú también tienes parte de culpa. Arturo se niega a creer que es inocente... (*Señalando a Margarita.*)

**José** ¿Pero ha visto las cartas?

**Daniel** No ha querido verlas, ni ha querido siquiera venir aquí...

**José** ¿Y Santiago?

**Carlota** Ha ido a ver si él consigue traerlo.

**José** (*A don Daniel.*) ¿Con usted no ha querido?...

**Daniel** ¿No te digo que no me ha hecho el menor caso?

**José** ¡Qué extraño!

**Daniel** Santiago y tú sois dos chiquillos; y nosotros hemos sido tontos al dejarnos convencer, como niños...

**José** ¿Y qué debimos hacer?

**Daniel** Decir toda la verdad, la verdad siempre...

- José** ¿Hasta cuando no conviene?  
**Daniel** La verdad conviene siempre...  
**José** Eso lo dice usted ahora.  
**Daniel** Eso lo he dicho yo desde el principio; lo que es que... a veces...  
**Margar.** ¿Qué han hecho ustedes conmigo? Han destrozado mi vida...  
**José** Pero señora... yo creo que cuando su esposo vea las pruebas...  
**Margar.** ¡No quiere verlas! ¡No quiere saber nada! No quiere ni verme ni oirme...  
**José** ¡Así agradece la libertad que le hemos devuelto!  
**Daniel** La desprecia, porque la ha recibido a costa de su honor... Lo mismo hubiera hecho yo...  
¡Si no sé cómo he consentido que!...  
**Margar.** ¡Ay, don Daniel! ¿Por qué no hicimos lo que usted aconsejaba al principio?  
**Daniel** Porque a veces, hija mía, las canas sólo sirven para hacer niñerías.  
**José** Yo creo que todavía no debemos desesperar. Cuando Santiago le hable...  
**Daniel** Conseguirá lo que yo; que se sonría con entera incredulidad... Vosotros veis el mundo como queréis que sea; no como es, y habéis supuesto en Arturo el modo de pensar que tenéis vosotros dos, no el modo de pensar que él tiene; ese es el error en que estáis; no sólo en esto, sino en todas esas doctrinas que ahora defendéis, pero que no practicáis.  
**José** Usted siempre tirándome de la lengua, don Daniel.  
**Daniel** No, hijo, no; es la verdad; pero no creas que estoy ahora para discusiones, y menos contigo, que siempre tienes a punto argumentos habilidosos... (*Se va al balcón.*)  
**José** ¿Habilidosos o convincentes?  
**Carlota** ¡Pero siempre han de estar ustedes dos así, llevándose la contraria?  
**José** ¿Qué quiere usted, señora? Somos incompatibles; somos el ayer y el hoy, que se disputan el derecho al mañana...

## ESCENA VII

DICHOS y FAUSTINA, que en seguida hace mutis, y  
EMILIA

- Faustina** (*Entrando foro. A Margarita.*) Señorita. Su hermana, doña Emilia, está aquí; quiere verla.
- Margar.** ¡Mi hermana!
- Carlota** Que pase, que pase en seguida. (*Se levanta y sale a recibirla.*)
- Emilia** ¡Margarita! (*La abraza.*)
- Margar.** ¡Emilia! (*Correspondiendo al abrazo de su hermana, sollozando.*)
- Emilia** Aunque no te lo mereces, te perdono. Muy grande ha sido tu sacrificio y mucho nos has perjudicado a toda la familia, pero ya que te ha valido la libertad de tu esposo y vuestra reconciliación, olvidémoslo todo y a reanudar nuestra vida tranquila y feliz... Pero... ¿por qué lloras así?
- Margar.** ¡Ay, hermana mía, qué desdicha tan grande!
- Emilia** Pero ¿qué pasa ahora?
- Margar.** ¡Que Arturo no quiere verme! ¡Que no cree en mi sacrificio!
- Emilia** ¿Que no cree ese hombre en tu inocencia?
- Margar.** No, hermana mía.
- Emilia** ¿Pero qué ha dicho al ver las pruebas?
- Margar.** ¡Ni ha querido venir a verlas!
- Emilia** ¿Y Santiago? ¿Qué dice?
- Carlota** Ha ido por Arturo, a convencerle para que venga.
- Emilia** ¿Has visto cómo yo tenía razón cuando te aconsejaba que nunca debías consentir que te creyeran culpable?
- Margar.** Tienes razón, Emilia, tienes razón. Perdóname, pero no me martirices ahora recordándomelo...
- Emilia** Pues mi cuñado me tendrá que oír a mí. ¿Dónde está él?
- Carlota** No, Emilia; tenga paciencia, hija mía; espere-  
remos a ver si mi hijo lo convence.
- Emilia** ¿Qué lo ha de convencer?
- Faustina** (*Desde el foro.*) Ya vienen los dos, señoritas.
- Carlota** ¿Los dos?

- Margar.** ¿Arturo también?  
**Faustina** También, señorita. Voy a abrirles. (*Mutis foro derecha.*)  
**Daniel** (*Se asoma al balcón.*) Sí, ellos son; vaya, ha podido más Santiago.  
**Margar.** Pero ¿de verdad viene Arturo?  
**Carlota** Sí, hija mía. ¿No te lo dije yo? Anda, serénate; sécate esas lágrimas; que él te vea contenta y satisfecha.  
**Emilia** Bastante te ha hecho llorar ya.

### ESCENA VIII

DICHOS, SANTIAGO y ARTURO

- Margar.** ¡Arturo! ¡Esposo mío!  
**Arturo** (*Saludando a doña Carlota.*) Señora... (*Al propio tiempo ha contenido las efusiones de Margarita con un gesto de repulsa. También Santiago ha dado a entender a Margarita con un gesto que es preciso esperar a que se le entere de todo.*)  
**Santiago** Margarita, Emilia, por favor, pasen allí dentro. Mamá, acompáñalas tú. En seguida las llamaré.  
**Carlota** Sí, hijas mías, vamos, venid conmigo. (*Mutis las tres por lateral izquierda.*)

### ESCENA IX

SANTIAGO, DON DANIEL, ARTURO y JOSE

- Santiago** Ya le he explicado en el camino todo lo que hemos hecho en este asunto, y la razón que he tenido para ocultar al público las pruebas de la inocencia de Margarita. (*A Arturo.*) Aquí tienes a don Daniel, que ha sido el que ha dirigido las averiguaciones. No creo que pondrás en duda su honrada palabra.  
**Daniel** No... ¡Ya no la pondrá en duda! ¡Ya la ha puesto!  
**Arturo** Yo no, don Daniel. Yo siempre le he tenido a usted por el hombre de las más santas intenciones...  
**Santiago** Aquí no se trata de intenciones, Arturo; se

trata de hechos probados; el culpable de que esto se haya ocultado soy yo, yo solo; tu mujer se resistía; su hermana nunca lo consintió, y reñidas estaban desde que Margarita se negó a declarar lo que Emilia le exigía, o sea, la verdad.

**Arturo**  
**Santiago**

¿Y por qué negarse a declarar la verdad? Porque la verdad, no solamente la verdad que Margarita quería declarar, sino la que después ha logrado ampliar y concretar don Daniel, te habría perjudicado; te habría abierto las puertas del presidio... ¡porque la verdad es que Joaquín Sáenz no escribió aquella carta!...

**Arturo**  
**Santiago**

¿Quién la escribió? Firmaba «Tu Joaquín». Quien la escribió no lo hemos podido saber, ni nos importa. Lo positivo es que él no la escribió.

**José**

Con el tiempo, también sabremos quién la escribió.

**Arturo**  
**Santiago**

(*Con ironía.*) ¿Negó él haberla escrito? ¡Demasiado sabes que él no pudo declarar! ¿Para qué esa ironía, Arturo? ¿Es que dudas de lo que estoy diciendo? ¿Es que me crees capaz de engañarte? ¿A mí? ¿A tu amigo del alma? Contesta. ¿Me crees capaz?

**Arturo**

Sí. Me engañó ella... sin ningún fin humanitario. ¿Cómo no me has de engañar tú, que con el engaño persigues un fin piadoso?

(*Santiago hace un gesto de contrariedad y disgusto. Pausa.*)

**Santiago**

Don Daniel, por favor, siga usted explicándose: a mí ya no me cree.

**Arturo**

Sí te creo, Santiago, o por lo menos, ya sabes que creo en ti.

**Santiago**

Si creyeras en mí no estaríamos ahora en esta lucha contra tu incredulidad.

**José**  
**Daniel**

Y contra tu desconfianza. (*Pausa.*) Como Santiago sabe, yo desde el primer momento me obstiné en negar que Margarita te hubiese sido infiel. Esas cosas se saben en un pueblo como éste, se murmuran, se comentan. Margarita estuvo siempre libre de toda murmuración. ¡Si ella hubiera tenido que ver con Sáenz, algo se hubiera sabido antes que tú cogieras aquella carta... alguien los habría visto... alguien sabría detalles... como se sabía y se decía de otras, con nom-

**Santiago** bres y apellidos... y sitio... y hora...: todo! ¡Coiño que si hubiera habido algo entre ellos iban a escribirse a su propio domicilio, en aquel modo!

**José** Y dándose una cita.

**Daniel** No es posible. Mira, no es explicable que nadie supiera nada; ni lo es el que él le mandase las cartas a tu propia casa; ni que Margarita lo hubiese consentido; ni que la carta la llevase un muchacho cualquiera y se la dejase quitar tontamente de las manos. Aquí lo ocurrido es lo siguiente: algún marido celoso, no sintiéndose con valor suficiente para hacer lo que tú hiciste, se diría: ¿Quién podría ser un instrumento de mi venganza? Tal vez lo intentó con otros, sin resultado, pero un día pensó en ti: ¡Caramba! Arturo García; un vehemente, un impulsivo, recién casado... mujer guapa... enamorado de ella... ¡Arturo García, que el año pasado, por mucho menos, medio mató a un novio de su hermana... ¡Este es mi hombre! Tramó bien su plan, imitó la letra de Joaquín Sáenz, estudió bien las horas; y la carta la mandó después de haberse cerciorado de que tú estabas solo en tu casa, y bien aleccionado el muchacho para que te la entregase a ti...

**Arturo** ¡No está mal! ¡No sabía yo que también en los viejos hacía su poquito de influencia el cine!

**Daniel** ¿Lo ves? ¡Tiempo perdido!

**Arturo** (*Levantándose.*) Sí, amigos míos; tiempo perdido. Yo les agradezco con toda mi alma sus cariñosos deseos; pero nada más puedo hacer que eso: agradecerlos.

**Santiago** (*Con gran energía.*) ¡Pero Arturo!

**Arturo** (*En son de reproche.*) ¡Pero Santiago! (*Una pausa.*) Anda... déjame ir a descansar de las emociones de esta mañana y a tranquilizarme. Ya nos veremos. Te explicaré mis proyectos... (*Le ha tendido la mano.*)

**Santiago** Pero ¡cómo te voy a dejar! Por lo que más quieras, Arturo, no me comprometas de ese modo. No hagas que me vuelva loco.

**Daniel** ¡Si me hubieras hecho caso a mí!

**Santiago** ¡Siéntate, Arturo! (*Con más energía.*) ¡Siéntate! Tú no puedes salir de aquí. De aquí saldrás... o convencido de que estamos diciendo

**Arturo** la verdad, o... ¡qué sé yo cómo vamos a salir!  
(*Sentándose.*) ¡Me faltaba todavía esto! ¡Te-  
ner que reñir contigo!

**Santiago** Porque tú quieres; porque eres un mal ami-  
go, un ingrato; porque en los meses de prisión  
te has olvidado de quién es y cómo es tu ami-  
go Santiago, de que no es posible que él te  
engañe.

**Daniel** Vaya... tranquilizaos y hablemos en voz baja.  
¡La pobre Margarita... y también tu madre!...

**Santiago** Margarita es una mártir... ¡Una santa mujer!  
Ha hecho el sacrificio de su honor, de su fa-  
milia, de todo, para salvarte a ti...

**Arturo** A quien antes sacrificó...

**Daniel** }  
**José** } ¡No!

**Santiago** ¡No! Eso crees tú. Eso creí yo también... Pero  
no es cierto. Tu cometiste una ligereza, por-  
que antes debiste cerciorarte de que esta car-  
ta era de Joaquín Sáenz.

**Arturo** Yo conocía muy bien su letra.

**Santiago** ¿Qué la conoces muy bien? ¡Ah! Entonces es-  
tamos salvados, porque tú mismo completa-  
rás la prueba. Aquí está la carta fatal. ¿La  
recuerdas? Es una copia fotográfica. ¿Esta  
letra es de Joaquín Sáenz? ¿Y ésta?... ¿Y  
ésta?... Aquí tienes mil cartas de él, cartas  
comerciales y cartas de amoríos; cartas lar-  
gas de su puño y letra. Coteja esa letra con  
ésta, a ver si observando bien no se nota  
que es una buena imitación nada más. Aquí  
tienes también el informe de cuatro peritos  
calígrafos, que es terminante en la afirma-  
ción de que ésta no es letra de Joaquín Sáenz.

**Faustina** (*Por la derecha.*) Señorito; la señora dice que  
es necesario avisar a un médico, porque do-  
ña Margarita se ha puesto muy mala.

**Santiago** Corre a llamar al Doctor Cervera, y cuando  
venga, lo haces pasar por la sala; cierra bien  
esa puerta. (*La del foro. Faustina hace mu-  
tis foro, dirigiendo una mirada de odio a Ar-  
turo.*)

**Santiago** (*A Arturo.*) Y ahora que has visto esas car-  
tas y ese informe, ¿qué dices?

**Arturo** ¿Yo? Nada.

**Santiago** Pero... ¿sigues dudando?

**Arturo** ¿De qué?

**Santiago** De que es la pura verdad cuanto he dicho

- Arturo** ¿Tú quieres que no lo dude?  
**Santiago** Es que no debes dudarlo.  
**Arturo** Estoy dispuesto a complacerte.  
**Santiago** (*Pausa.*) ¿Vamos a ver cómo está Margarita?  
**Arturo** (*Levantándose.*) No; eso, no.  
**Santiago** No te entiendo  
**Daniel** No está convencido.  
**Arturo** Pero supongamos que lo estuviese, don Daniel. ¿Cree usted sinceramente que yo puedo salir a la calle con esa mujer?  
**Daniel** ¿Por qué no?  
**Arturo** Porque no es a mí a quien hay que convencer primeramente; es al pueblo entero.  
**Santiago** Lo convenceremos.  
**Arturo** No seas niño.  
**José** Ya nos encargaremos nosotros...  
**Arturo** ¿Vosotros? ¿Mis íntimos amigos? ¿Quién os va a creer? (*Una pausa.*) ¿Creen ustedes que yo tengo temperamento para ir con mi mujer del brazo, notar en un individuo una sonrisa maliciosa y no abalanzarme sobre él?  
**José** Según eso, le calumnian a uno y se ha acabado todo; de nada vale deshacer una calumnia. Siempre ha de quedar en ella algo, ese algo que dice el inculto refrán de una sociedad inculta. ¿Es decir, que las personas decentes hemos de estar a merced de una sonrisa maliciosa o de un gesto burlón, que no puedes evitar mientras viva la calumnia ni después de haber matado la calumnia?  
**Arturo** Después, sí. Dadme al calumniador, y entonces resplandecerá la verdad; sólo entonces podremos demostrar que es calumnia lo que nosotros creemos que no lo es; creemos nada más; no podemos afirmarlo. Hay que oír a las dos partes: al perjudicado y al que perjudica.  
**Santiago** Sí, pero tú... no oíste a las dos partes; ni a una siquiera.  
**Arturo** Es diferente; yo tenía una prueba escrita; además, le vi a él dirigiéndose a aquella casa.  
**Daniel** Pero ¿a que no viste entrar en ella a Margarita?  
**José** Eso.  
**Santiago** Cómo había de verla, si está perfectamente probado que estaba en casa de su hermana.  
**Arturo** ¿También negarás eso?  
**Arturo** ¡Pero si yo no niego nada!

- Santiago** Lo niegas todo; hasta mi amistad, ¡hasta mi honradez!
- José** Y la nuestra.
- Arturo** ¡Vaya, adiós!... Cuando estéis más tranquilos... volveré.
- Santiago** ¿Es decir, que no me haces caso? ¿No me crees ni siquiera en principio, ni siquiera algo de lo que te digo?...
- Daniel** Pero Arturo, parece mentira. ¿Pará qué te íbamos a engañar nosotros?
- Arturo** Es todo inútil; yo lo agradezco con toda mi alma... yo creo que todo es así como me lo han dicho ustedes... pero... no puedo unirme con ella. ¡Eso no!... El Destino lo ha dispuesto así... ¡Paciencia! Yo no puedo ir ahora a una lucha desigual con la opinión pública.
- Daniel** La opinión de la gente sensata la tienes a tu favor.
- Arturo** La opinión de todos es la que yo necesito a mi favor.
- Daniel** (A *Santiago*.) ¿Y tú no sabías que Arturo pensaba así?
- Arturo** ¿No había de saberlo?
- Daniel** Entonces no me explico lo que has hecho.
- Arturo** Demasiado sabe él que yo hubiera preferido ir a presidio por haber matado a un hombre inocente, por haberse demostrado que mi mujer no me engañaba, que no el ser absuelto por haberme probado que hice bien en matar a quien me deshonró.
- Daniel** ¿Qué te dije yo, Santiago? ¿Lo oyes? ¿Te convences?
- Santiago** Pero ¿es posible que tú, un hombre joven, un espíritu moderno, piense así? ¿Pones el concepto ajeno de tu honor por encima del amor a tu propia libertad?
- Arturo** Claro que sí. Mientras haya de vivir en esta sociedad, ¿cómo no pensar a tenor de ella?
- Santiago** Pues también vivo yo en ella y no por eso acato sus prejuicios, sino que los repudio, los combato y ayudo a destruirlos.
- José** Ese es el deber.
- Arturo** Tú eres soltero todavía. Cuando te cases...
- Santiago** Pensaré lo mismo; para mí siempre será la libertad lo primero; pues el honor, como la reputación, como la gloria, como la familia, como la vida misma, conquistas son todas que hacemos gozando de libertad. Cuando

nos privan de ésta, se anula todo en nosotros. (*Una pausa.*) ¡Un hombre alardeando de honradez en un presidio! ¡Un hombre trabajando entre cadenas y cerrojos para restablecer la verdad, para rehabilitar su honor, para reconquistar el concepto público! ¿Tú has visto cosa más absurda? Ahora sí puedes, gracias a nosotros y al sacrificio de Margarita, continuar las investigaciones, esclarecer los hechos, atrapar al calumniador... todo lo puedes ahora... Pero si hubieras sido condenado, ¿qué podrías hacer desde un presidio para rehabilitar tu vida y tu honor?

**Arturo**

No razones, Santiago. ¿No hemos quedado antes en que si tú le hubieses dicho toda la verdad al juez me habría condenado?

**Santiago**

Claro que sí.

**Arturo**

Pues entonces no tenía nada que rehabilitar; porque mi condena era consecuencia de haberse demostrado que mi mujer era inocente. ¡Yo iba a presidio, pero mi honor quedaba rehabilitado, limpio, esperándome con la frente alta!

**Santiago**

¿Pero es que te han idiotizado los cuatro meses de prisión? ¿Crees tú que si hubiéramos entregado a la justicia estas pruebas, el pueblo hubiera creído en ellas? ¡Nadie! Todos se dirían: amañaron una verdad acomodaticia para salvar el honor de Margarita; y para el marido, lo corriente: unos cuantos años de presidio, que luego a fuerza de indultos quedan en nada...

**Daniel**

Eso también es verdad, Arturo; eso es lo que dirían.

**Santiago**

Además, ¿te han ofuscado tanto tu recelo y tu desconfianza, que no comprendes que al ser condenado quedaba la prueba de que mataste sin causa, y al salir de presidio encontrarías a tu mujer con la frente alta, sí, pero y la tuya? ¿Con qué derecho podrías levantarla ante el peso de una condena por un crimen vulgar, por el asesinato de un inocente? ¿Qué valdría más para tus hijos, el apellido de un presidiario o el apellido limpio que te hemos devuelto? (*Pausa.*) Contéstame. ¿No decías que yo no razonaba?

**José**

Tú sí que no razones, Arturo.

**Arturo**

Bien, para que veáis que no soy intransigen-

te, que creo en vosotros, desisto de marcharme del pueblo. Me quedo. Volver a mi casa, no; eso no me lo pidáis. Lo que has dicho antes de continuar las averiguaciones, eso sí... conforme; y si luego éstas...

**Santiago** Es decir, ¿que no tienes fe en mí, no das crédito ninguno a mis palabras, que necesitas verlo por tus ojos?

**Arturo** Si volvemos a la misma discusión...

**Daniel** Ya es algo, Santiago; conformidad; es algo que puedē ser el todo.

**Arturo** ¡Ojalá lo sea! Pero sin yo verlo claramente, por mis ojos, sí, como la luz... no me pídas que acceda; tú ya me conoces; para mí el honor es lo más sagrado; la libertad es cosa secundaria.

**Santiago** ¡Honor sin libertad!

**Arturo** Sí. Más que libertad sin honor.

**Santiago** No eres hombre de este siglo.

**Arturo** Si nací el siglo pasado, Santiago...

**Santiago** Yo también; pero mi espíritu es de éste, porque en él empezó a sentir y a palpar; igual que el tuyo, sólo que...

**Arturo** Sólo que el mío empezó a sentir cuando aún este siglo estaba en la infancia. En cambio, el tuyo empieza ahora.

**Santiago** Puede que se deba a eso, porque ahora es cuando este siglo luminoso alcanza la mayoría de edad. Esa ventaja te llevo.

**Arturo** Pues te la reconozco y no discutamos más; ¡ea, adiós!

**Santiago** Dile siquiera adiós a Margarita.

**Arturo** ¡No; eso nó! ¡Adiós, don Daniel; agradecidísimo; bien lo sabe usted! ¡Adiós, Pepito!

**Daniel** Pero ¿quedamos en lo dicho? ¿Continuarás las investigaciones?

**Arturo** Desde mañana mismo. ¡Adiós, Santiago! *(Le abraza. Santiago se deja abrazar fríamente, sin corresponder. Arturo sale [oro derecha.]*)

## ESCENA X

*DICHOS, menos ARTURO*

**Santiago** ¿Qué le digo yo ahora a esa pobre mujer?  
¡Todo su sacrificio inútil y yo el culpable!  
¡Toda mi vida con este remordimiento! He  
labrado el infortunio de esa mujer creyen-  
do que labraba su dicha. ¿Cómo es posible,  
Dios mío, que los propósitos honrados y las  
santas intenciones sean materiales apropiados  
para producir la desgracia y la ruina?

**Daniel** Siempre ocurrió eso, Santiago. Además, no te  
quejes; tus intenciones fueron buenas, pero  
los medios de que te has valido...

**Santiago** ¡Había otros a mano que dieran el mismo  
resultado?

**Daniel** ¡Qué sé yo!

**Santiago** Sí lo sabe usted, don Daniel; demasiado sabe  
usted que el único procedimiento para liber-  
tarle era éste.

**Daniel** Pues ya ves el resultado.

**Santiago** Ya lo veo, sí. Ya me convenzo de que tam-  
bién Arturo es de los que se complacen tor-  
pemente en complicar su vida. ¡Ya ve usted!  
Hace cuatro meses pasó junto a él una ca-  
lumnia, y en el acto se dejó ganar por ella.  
¡Qué fácilmente se dejó entonces convencer!  
¡Y convencer para matar, para destruir su  
hogar y su amor! En cambio, hoy pasa junto  
a él la verdad, y no la reconoce, la niega  
tenazmente, ciegamente. ¡Con cuánta precipi-  
tación cayó aquel día en brazos del error que  
lo hizo su víctima destruyendo su vida! ¡Y  
con qué poca cantidad de buen sentido habría  
podido ahora abrazarse a la verdad, y con  
ella reconstruir su vida, su hogar, su felici-  
dad y la de los suyos! Y es que somos así: in-  
geniosos y hábiles para el error y la mentira;  
y torpes, ciegos, refractarios casi, para la  
verdad.

**Daniel** Así es, así es.

**José** Y tanto que es así.

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DOÑA CARLOTA

- Carlota** (*Entrando por lateral.*) ¿Se ha marchado?  
¿No ha querido convencerse?
- Santiago** ¡No, madre mía! ¡Es el primer fracaso de mi vida! ¿Y Margarita?
- Carlota** Se quedó traspuesta; yo creo que esta mujer se vuelve loca.
- Santiago** ¡Y yo tendré la culpa!
- Carlota** ¿Es que no quieres escarmentar, hijo mío!  
¡Tú crees que todos son como tú! Convéncete al fin de que no todos tus amigos merecen lo que haces y lo que te desvives por ellos.
- Santiago** De todos podía yo esperar una ingratitud, pero ¿de Arturo? ¡Nunca!
- Carlota** Sin embargo... ya ves...
- José** Porque está exaltado, porque está ciego.
- Santiago** Nunca creí a Arturo capaz de estos escrúpulos que ahora tiene. ¡El honor!... ¡El honor!  
¿Quién pone en duda su valor? Soy el primero en reconocerlo y en practicarlo. Pero ¿darle más importancia que a la libertad? Eso es una aberración, es una falta contra la conciencia, contra el pensamiento, contra la vida misma. El delincuente arrepentido y el criminal que esquivó hábilmente su castigo, ahí están en nuestra sociedad, rehabilitando nombre y posición, gracias a la libertad de que gozan, porque ésta es la única verdad positiva, real, inmutable; todo lo demás es convencional, susceptible de modificación, y que obedece a unas leyes aquí y a otras leyes en otros países. Si así no fuera, si el honor fuese el supremo valor de todos los valores, bastaría para el delincuente el castigo de perderlo; pero no; además de perder el honor, lo castigan privándole de libertad, porque la privación esa es el mayor castigo. ¡Lo es hoy que unas leyes anticuadas la limitan, la escatiman y le ponen trabas! ¿Qué no será mañana, cuando una sociedad más culta la disfrute ampliamente, sin limitaciones? Será

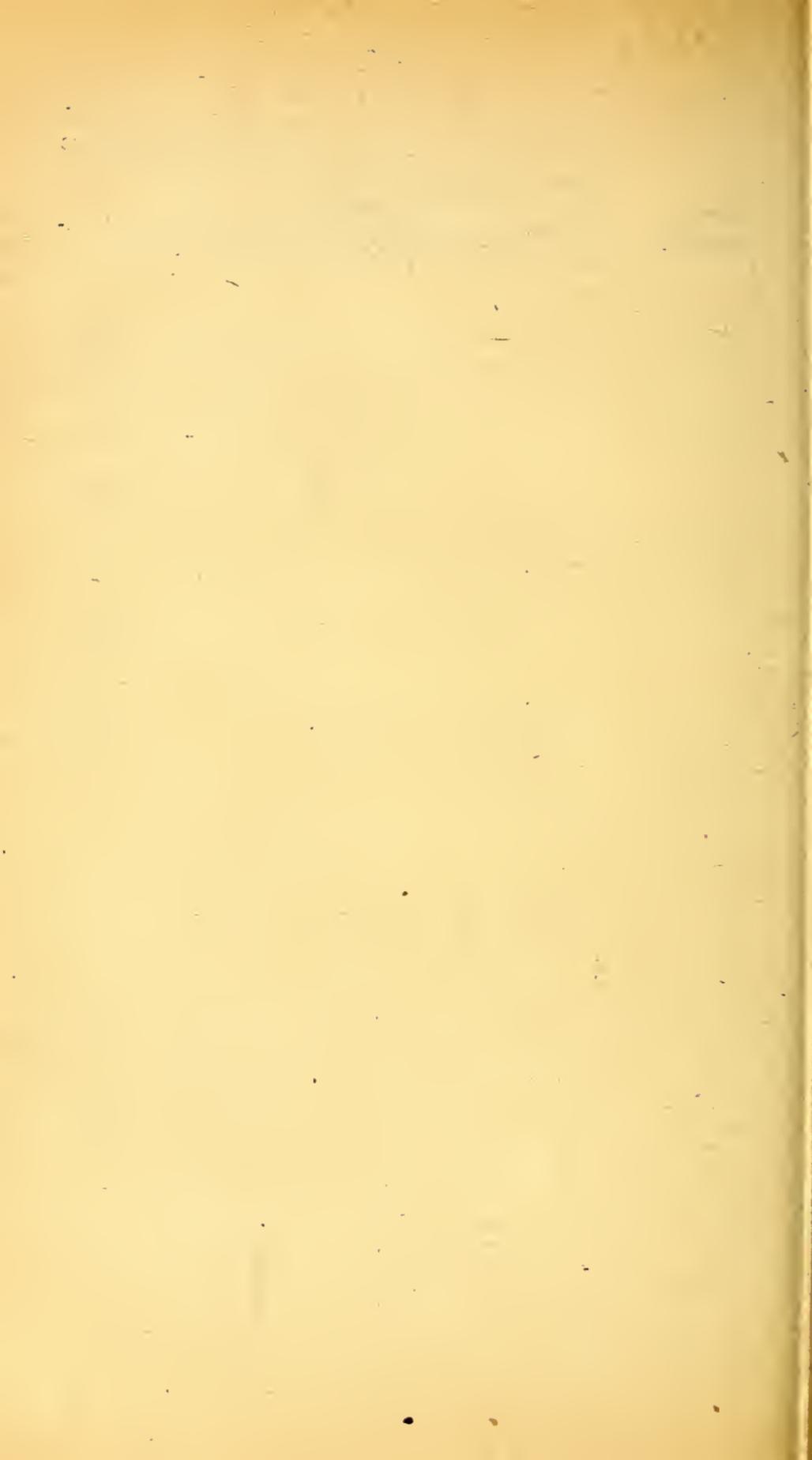
el dios de la única religión que sobrevivirá a este caos; el dios de la religión del hombre culto, del hombre digno de libertad.

**José**  
**Santiago**

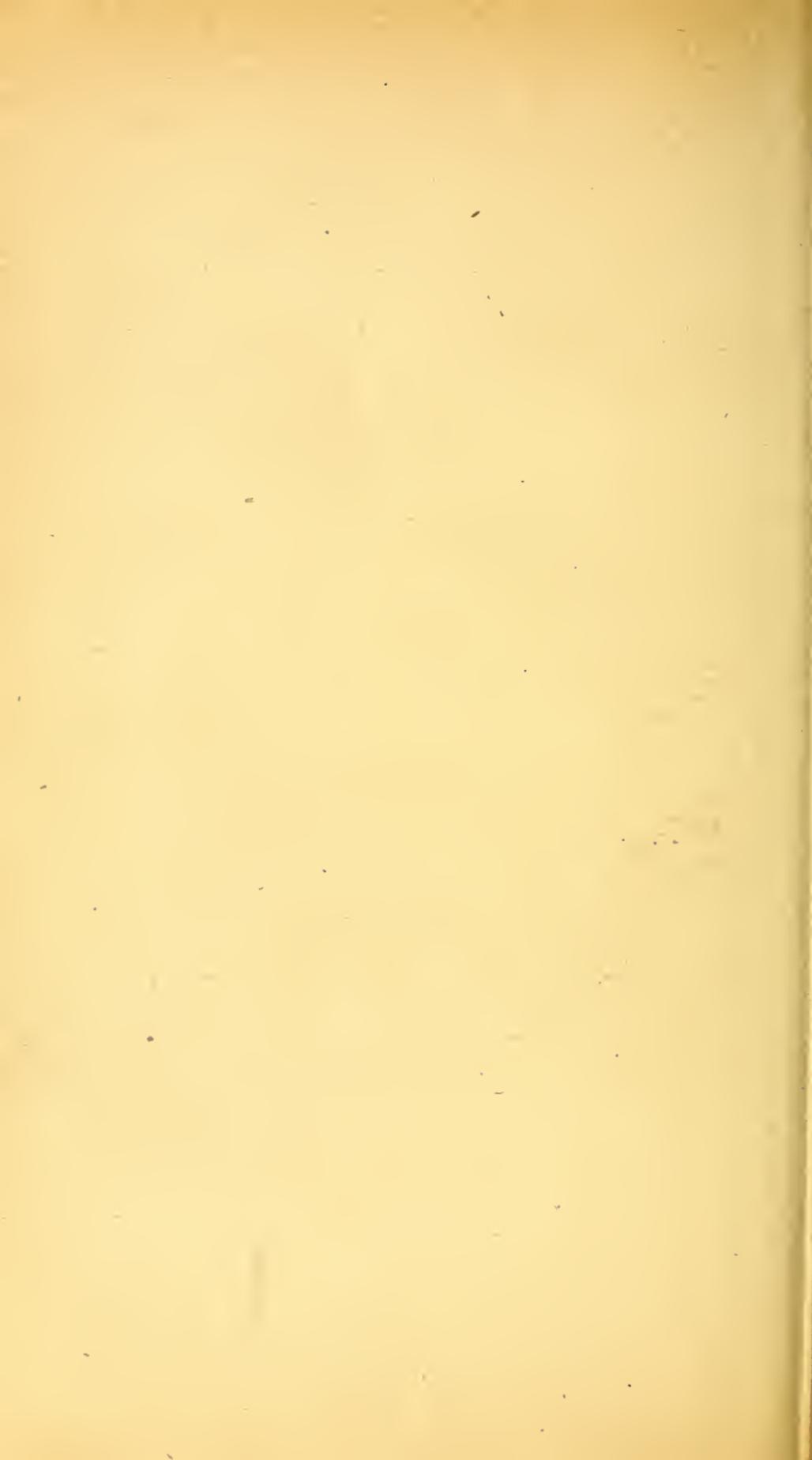
Ese eres tú, Santiago.

(*Con energía y enfado.*) Todos tenemos el deber de serlo.—(*Telón rápido.*)

FIN DE LA COMEDIA









**Precio: TRES pesetas**